

LOS CENTENARIOS DE LA REVOLUCION MEXICANA

ROBERT FOSSAERT

El siglo se terminaba mal pero los intercambios de abrazos y de buenos deseos para el nuevo año 2000 fueron, sin embargo, de lo más alegre. En medio de los "¡Feliz año nuevo!" y los "¡Salud!", se escuchó en diversos lugares "¡México bien vale un túnel!" y "¡Qué viva la estadística!", a pesar de que en algunos salones intercambiaban "Dios ¡qué baja es la tierra!" y "¡Arriba los nuevos partidos!". Extraños deseos, pero ¿cuáles obsequios de fin de año prometían ellos?

Diez años más tarde cada uno creyó haber comprendido lo que significaban esas fórmulas misteriosas, frecuentemente transformadas en refranes populares. Cuando el presidente Deuxio-Beta inauguró las festividades del centenario de la Revolución, con un vibrante homenaje a la reforma agraria iniciada por su predecesor Alfa de Primo, "Dios ¡qué baja es la tierra!" había perdido todo su misterio. La reforma, rápida y masiva, se interesaba en forma particular en la docena de estados sureños demasiado olvidados en tiempos de Cárdenas. Por millones de hectáreas, las tierras bajas del mapa (sí: ¡la tierra es baja!) fueron rentadas a los campesinos más necesitados, mediante generosas indemnizaciones a los latifundistas afectados. Generosas pero prudentes: éstas deberían de ser pagadas en veinticinco anualidades con intereses correctamente indizados, a menos que fueran liquidadas en bloque y sin demora, pero solamente por los propietarios, convirtiendo tan pronto como reciban estas indemnizaciones en inversiones industriales debidamente controladas y recontroladas. Industriales, y de ninguna manera bolsistas —hasta tal punto es verdad que en la bolsa de valores nunca se invierte siempre se especula a corto plazo— radicados en México, pero tan lejos del D.F. como de las maquiladoras norteamericanas situadas en zonas donde la creación de empresas ayudaría a reequilibrar el territorio nacional. La tierra para los campesinos y nuevos empleos industriales: ¡Arriba Alfa de Primo!

Una reforma tan vasta hubiera disgustado de sobremanera a los buenos amigos estadounidenses de México, pero sus iniciadores habían despejado el terreno de minas, imitando lo más fielmente posible a las enormes reformas agrarias que los Estados Unidos habían impulsado, después de 1945, en Japón y Corea. Publicaron esta información recurriendo a la inserción pagada de páginas enteras de publicidad en el New York Times y Los Ángeles Times: "¡Gracias a Estados Unidos por haber guiado nuestros pasos!". No obstante, los finos detectives de la CIA permanecieron recelosos. Mediante algunos millones de dólares produjeron millares de octetos de información, debidamente presentados, que revelaban el "complot mexicano" y calculaban las repercusiones. En 1994, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) que se reunió en París —en el antiguo castillo Rothschild, llamado Castillo de la Muette— con los representantes de los países más ricos del mundo para una distribución anual de elogios y de condenas, había recibido en su seno y en un mismo movimiento a Corea del Sur y a México. Como todos los de nuevo ingreso a un colegio desconocido, los representantes de

estos dos países se sentaron juntos, al fondo del salón de clases, y se hicieron pequeñas confidencias. Poco después, las universidades mexicanas abrieron algunos "programas de estudios coreanos" en donde los posdoctorados descubrieron —entre otros encantos del exaequo asiático de México— su hermosa reforma agraria a la americana.

Desde que los autores de las tesis así inspiradas se habían integrado a los nuevos equipos de la presidencia y de los secretarios de Estado, Alfa de Primo —bien aconsejado— comprendió cómo podía preparar gloriosamente el centenario de la Revolución maderista.

Pero la CIA no se conformó con esta historia de la cual todas las revistas ya habían hablado en forma detallada. Observó que las nuevas tesis en preparación estaban frecuentemente consagradas a Europa, a su neodólar denominado euro y a todas las peripecias financieras locales, tales como la crisis financiera del Eurotúnel. Había en ello elementos para nutrir los temores del FMI y de los bancos estadounidenses, sobre todo si el "¡México bien vale un túnel!" del otro año se convertía, a su vez, en una consigna política. Efectivamente, la sociedad Eurotúnel, concesionaria del túnel anglo francés bajo la Mancha, había suspendido sus pagos a los banqueros durante cerca de dos años, y había logrado la designación de mediadores para renegociar su deuda, aunque sus pobres bancos acreedores hubieran tenido que reducir los intereses, e incluso lo principal de sus enormes créditos en dólares, a libras esterlinas, marcos alemanes y francos franceses. El Euro-túnel que se había vuelto insolvente por sobredosis de créditos bancarios; los bancos en alarma luego en lágrimas; negociaciones político-financieras sometidas a todas las curiosidades de una prensa y de una opinión emotivas e "ignorantes", todos estos ingredientes, presentes o movilizables en México —pero por una deuda doce veces superior a la del Eurotúnel iban sin ninguna duda a ser explotados de una nueva forma: "¡América, despierta! ¡La CIA vigila! ¡Wall Street está en peligro!".

Sin embargo, los vigías de la CIA acechaban en vano. Ningún peso falso mexicano, las deudas eran pagadas puntualmente, sin artimañas en lo más importante, ni retraso en los intereses. Cuando mucho se podía observar cada año una escasez de Tesobonos a corto plazo, una ampliación sistemática de nuevos créditos, una búsqueda obstinada de tasas no o poco indizadas en el Libor y un tenaz rechazo en las emisiones de valores librados en dólares o en otras divisas extranjeras. Sólo la Federación se permitía aún pedir, de vez en cuando, préstamos en dólares —prefiriendo las instituciones internacionales a los bancos comerciales— encargándose de distribuirlos parsimoniosamente a los bancos en dificultades y a las industrias privadas o públicas que merecían ser promovidas. Es verdad que los bancos mexicanos conservaban la plena libertad de ingresar todo tipo de divisas, pero a condición de presentar siempre un balance equilibrado, divisa por divisa, mil millones de dólares en deudas; por ejemplo, estando equilibrado por mil millones de dólares de crédito pagaderos en la misma fecha y por el mismo banco. Y esto siempre, es decir, todos los días. Nadie pretende que los controles ejercidos por las autoridades financieras sean suficientes para garantizar esta disciplina cotidiana pero poco a poco otras técnicas —venidas de allá atrás, ya lo veremos enseguida—ayudaron a la autodisciplina bancaria. Los banqueros de Estados Unidos y de otras partes se resignaron entonces a considerar a México como un mercado poco elástico pero que pagaba hasta el último centavo. En resumidas cuentas, un buen cliente, aun si carecía de títulos de primera calidad sobre los cuales los ires y venires bursátiles podían jugarse todos los días. México con-

valeciente se consolidaba apoyado en una gran cantidad de exportaciones competitivas — lo que era peor para los industriales estadounidenses a quienes les hacían la competencia; "¡Tú quisiste el TLC, ya lo tienes, ve a consolarte con tu banquero!" La CIA continuaba explorando su hipotético Mexicotúnel, sin sospechar que "¡Arriba la Estadística!" era la consigna innovadora que le causaría problemas.

Bajo la presidencia de Deuxio-Beta, México todavía convaleciente de los años Alfa pronto volvió a encontrar toda su fogosidad. Las olas anualmente renovadas de la reforma agraria continuaban todavía, pero ya habían dado nacimiento a un partido de campesinos que también se implantaba en el centro y el norte, en los estados en donde languidecía el clientelismo por crédito ejidal o por subvenciones directas. Se cometían todavía asesinatos en el campo, pero sólo un poco y cada vez menos, tan era así que las milicias latifundistas estaban disueltas y las policías locales eran cuidadosamente disciplinadas por el poder federal. La CIA creía saber que el exsubcomandante Marcos se había convertido en comandante (o coronel) en el departamento rural de la policía central, pero nadie podía estar plenamente seguro pues la capucha estaba prohibida en ese servicio.

Con su triunfo, la nueva reforma renovaba el nuevo panorama de los partidos mucho más allá del campo. En 2010 se contaban dos PAN, tres PRI y cuatro PRD (de los cuales uno era el sólido), a lo que se agregaba un partido socialdemócrata a la europea que maduraba lentamente, en particular gracias a múltiples renovaciones sindicales. Pero ningún partido indígena, a tal grado era difícil unificar la representación de comunidades herederas de pueblos diversos que vivían frecuentemente en las orillas lejanas de un inmenso país. Tan es así que este rico abanico político obligaba al gobierno federal a diluir sus intervenciones financieras y mediáticas en el juego electoral, no obstante que en la escala de los gobernadores y de las asambleas elegidas la variedad se hacía grande. Con un siglo de retraso, Madero triunfaba: la democracia progresaba, incluso entre las clases que para su gran sorpresa habían sido despertadas de su letargo por Villa y Zapata.

Durante esos años de reforma agraria, de consolidación de la deuda y de renovación del personal político, un rumor había crecido. Todas esas transformaciones, lentas pero obstinadas, estarían guiadas por una Asociación que se encuentra escondida allá atrás camuflajada entre la sociedad. De mi parte, como no he podido hacer coincidir las raras informaciones serias que he encontrado sobre esta Asociación allá atrás, no formularé más que simples hipótesis. Me dicen que reagrupa a personas común y corrientes, pero su falta de singularidad podría no ser más que un sutil camuflaje. En sus rangos podríamos encontrar un buen número de médicos y arquitectos, muchos universitarios, pero también magistrados y policías (¡sí! ¡sí!) y, también, inspectores de Hacienda y de la aduana o administradores de todo tipo. Me han afirmado que los masoneros o los jesuitas, o los dos —pero no el Opus, ¡no! ¡que Dios se quede con él— se mezclan ahí formando algunos equipos sindicales o políticos para enmarcar el conjunto, sin embargo, un comité funciona como brain-trust en San Angel o en San Cristóbal o en cualquier otro lugar santo. ¿Pero esta Asociación polimorfa tiene realmente un esqueleto y un cerebro, o no es más que un modo de vida al servicio de la renovación mexicana? El indicio más seguro de su existencia sería el género de vida ostentadamente modesto de esas gentes que pretenden subsistir únicamente con sus legítimos salarios, que se visten con pantalones de mezclilla, que andan en un Volkswagen mexicano y que no disponen de ninguna finca suntuosa y no

mantienen ninguna casa chica. La pura virtud, pues. Pero la virtud que concuerda con la República, como bien lo señalaba Montesquieu.

Se discutirá todavía mucho tiempo sobre la naturaleza y el signo de esta Asociación, tanto más que, con el tiempo y el éxito, sus activistas fundadores habrán visto llegar refuerzos de calidad incierta, incluso arribistas. Pero qué importa, ¡con tal de que, de mensajes herméticos ("La tierra es baja") a reformas pertinentes, el nuevo México dé un buen giro! Tal fue todavía el caso con el extraño "¡Arriba la Estadística!" gracias al cual el segundo centenario de la Revolución mexicana tuvo un gran éxito.

Algunos esperaban que, sin llegar al año 2027, la iglesia católica romana multiplicara las peregrinaciones a las tumbas de los sacerdotes, religiosos y cristeros muertos en sus aras, con el fin de preparar la grandiosa reparación moral que México les debía. ¿El papa Juan Pablo XII no había prometido venir a bendecir al presidente mexicano en un magnánimo gesto de perdón? El problema es que la proliferación de las sectas y la anemia de un catolicismo dividido impidieron la cristalización de tal movimiento, tanto más que las mujeres, cansadas de repetir devotamente las creencias de sus madres y sus abuelas, se dedicaban aún más a difundir el conocimiento de los anticonceptivos y otras diabluras modernas. Se esperaba al Papa. Se tuvo derecho a la Estadística.

El impuesto "estadístico" había sido creado en 2001, bajo la presidencia de Alfa, pero sus alcances no se traslucieron claramente hasta el transcurso de las crisis financieras ulteriores. Al principio este impuesto procedía de una idea inocente. Cualquiera que compraba pesos mexicanos valorizaba esta moneda y acrecentaba las reservas de cambio y, a la inversa, los vendedores de pesos —es decir, los que adquirirían dólares u otras divisas— podían ser considerados como indeseables e incluso peligrosos, en caso de ser numerosos o de vender grandes cantidades. Saber rápidamente en cuánto se vendía y detallar ese saber lo mejor posible equivalía a dar al gobierno y a la banca central una información muy útil. Así, el "impuesto estadístico" fue fijado, inicialmente con la tasa de uno por 10 mil (1 dólar de impuesto por cada 10 000 dólares comprados). Los bancos y los cambistas recibían este impuesto por todas las operaciones en divisas pagadas en pesos; debían, además, describir en detalle su colecta por comprador (pero El Señor Anónimo fue frecuentemente designado...) y transferirlo cada semana al Estado. Para simplificar su tarea y para no asustar a los turistas, las ventas de pesos por un monto inferior a 200 dólares quedaron exentas. Era pues un impuesto ultraligero, pero que describía con bastante rapidez las fugas frente al peso, y un impuesto que los estadistas aprendieron a interpretar, inclusive evaluando las tasas de fraude o de disimulo de los diversos intermediarios concernidos.

Durante dos o tres años fue necesario batallar con los banqueros y cambistas, dispuestos a denunciar la sobrecarga de trabajo que se les imponía y a justificar los errores y omisiones debidos —decían— a las lagunas de su contabilidad o a la distracción de su personal; sin embargo, la frecuencia de las transacciones anónimas eran imputadas a las duras necesidades de la competencia. La batalla fue dada por equipos "polivalentes" de los cuales cada uno estaba compuesto por un magistrado, un policía de la brigada financiera, un experto contable y un especialista de la pedagogía financiera, mientras que el Instituto Nacional del Banco Moderno disponía permanentemente de sólidos recursos documentales y de apoyos movilizables sin demora, para sostener los "polivalentes" en misión. En pocos

semestres la pedagogía de esos "polivalentes" hizo maravillas. Esos hombres y mujeres — frecuentemente como los del estilo pantalones de mezclilla y Volkswagen mexicano, pero ¿sería eso una moda? ¿no?— supieron ayudar a los banqueros y los cambistas a organizarse mejor, a hacer más transparente su contabilidad, a agilizar la extracción del "impuesto estadístico" y a acelerar su depósito a favor de la Secretaría de Hacienda. Magnífico resultado, debido en parte al hecho de que los "polivalentes" podían usar, según las necesidades, la zanahoria que era la ayuda pública a los bancos necesitados y el garrote de los juicios penales por todas las infracciones graves que descubrían. Es necesario ser humano: a veces esos delitos terminaron en transacciones honestas ("Desde ahora respetas las leyes y reglamentos, con ardor, ¡oh! banquero, y por este hecho olvido tus torpezas pasadas, ¿(:>k?"). En ocasiones, pero no siempre: en México como en otros lugares, el encarcelamiento de algunos banqueros fraudulentos agudiza la vigilancia de sus colegas y competidores. La pedagogía, siempre la pedagogía...

Así, el impuesto "estadístico" entró en las costumbres, lo que permitió afinarlo, acelerar su depósito al Estado hasta hacerlo instantáneo a medida que progresaba la informatización de los bancos. Otro perfeccionamiento, las estadísticas codificaron cada vez mejor las operaciones ligadas a las ventas de pesos —y sus operadores—, tan bien que la gestión de la moneda salió de las brumas anónimas que antes la rodeaban. Por otra parte, los esfuerzos encaminados a disuadir a los capitales volátiles y a multiplicar los préstamos a más largo plazo y con tasas fijas o semifijas proseguían obstinadamente, aunque las reservas de cambio sirvieron de base a previsiones no muy aventuradas. Así, las autoridades financieras pudieron consagrar toda su atención a la prevención del pavor antipeso, tanto más que habían terminado por sacar útiles lecciones de las dramáticas crisis de 1982 y 1994.

Desde años atrás, la idea de que la crisis de 1982 había sido provocada por la embriaguez de los altos precios del petróleo de después de 1973 y por la borrachera de los créditos bancarios internacionales ampliamente ofrecidos, había sido puesta en el armario de las artimañas por banqueros americanos. Cada uno sabía desde entonces que esos síntomas agravantes disimulaban un mal más velado, y de ninguna manera mexicano. Los bancos y los gobiernos americanos, europeos y japoneses se habían opuesto a que el FMI recaudara los dólares sobreabundantes de las Arabias petroleras. Habían dejado esa tarea a los bancos comerciales, aunque estos últimos habían debido prestar a todos aquellos que les pedían para tener en donde colocar sus enormes recursos. Además, estos bancos, ricos en depósitos a corto plazo, habían protegido sus márgenes indicando sus préstamos a dos, cinco o diez años sobre las tasas del Libor² a seis e incluso a tres meses. En pocas palabras: "Te presto a cinco años —por ejemplo— pero cambio la tasa de intereses cada 3 meses, como si debiera llenar el tanque en una gasolinera londinense; y claro está, aumento esa tasa variable de mi pequeña comisión (¡frecuentemente de 3%, para un país "no muy seguro", como México!). Ahora bien, las tasas del Libor se elevaron astronómicamente a partir de 1980, debido principalmente al enorme endeudamiento y a la política del gobierno de Reagan y a la del director del Banco Central estadounidense —ese buen Mr. Volker— quienes tenían como única preocupación combatir la inflación interna de los Estados Unidos. Ni México ni ningún otro país latinoamericano sujeto de crédito podían hacer nada a este respecto, pero fue necesario que pagaran vencimientos masivamente incrementados. Hasta ese año de 1982, en el que se agotaron las reservas de cambio y fue necesario "renegociar" la deuda, es decir, pedir prestado más todavía para pagar los vencimientos

debidos a los bancos estadounidenses (y otros) que de otra forma se hubieran visto amenazados de bancarrota, cuando menos así lo juraban.

La moraleja de 1982 era clara: el Libor era una referencia que se tenía que evitar o vigilar muy de cerca. Si ese barómetro se orienta aunque sea un poco hacia los malos tiempos, hay que cubrirse pero tomando también en cuenta las lecciones de 1994. Efectivamente, la crisis de ese año fue diferente a la de 1992. La política ton-ta del "peso fuerte" fue frecuentemente denunciada para que fuera necesario volver a atacarla y hacer notar que se jugaba en fronteras abiertas, en Bolsa abierta de par en par al vasto mundo de los cambios flotantes, a los intereses fluctuantes y a capitales volátiles. En diciembre de 1994 una devaluación demasiado tardía y demasiado brutal provocó el pánico que ya conocemos y obligó a México, respaldado amigablemente por Estados Unidos, a endeudarse con algunas decenas de miles de millones de dólares suplementarios, para inspirar confianza en las bolsas de valores americanas y europeas. Wall Street y la Bolsa mexicana fueron salvadas, ¿no es lo esencial? En cuanto al riesgo de nuevas crisis financieras se refiere, fueron simplemente acrecentados por los crueles regalos de fin de año de 1995; ¡deuda incrementada, peligro amplificado!

Faltaba la tercera crisis, esa de la cual no se hablaba casi nunca pues no se podía fechar a la manera de los grandes espasmos de 1982 y 1994, porque no se arrastró, disimulada y violenta, a lo largo de los años de esfuerzo y (en ocasiones) de enriquecimiento de México. Cuando menos la mitad, y tal vez las dos terceras partes de los capitales "golondrinos" que fluían hacia el "peso fuerte" pero danzaban lejos de él al menor movimiento, eran propiedad de los buenos mexicanos, patriotas hasta el fondo del alma y siempre dispuestos a solidarizarse con su moneda nacional, aunque sólo fuese a través de las susodichas inversiones bursátiles ("en la Bolsa de Valores no se invierte, se especula") de las cuales se puede uno deshacer desde el momento en que la prudencia dicta proteger los capitales en Miami, Los Angeles y otros altos lugares del patriotismo monetario.

Los presidentes que dirigieron la reforma financiera del siglo xxi sabían todo eso. No se contentaron pues con consolidar la deuda exterior, con disciplinar a los bancos mexicanos y con vigilar el Libor y todos los otros indicadores de la meteorología financiera internacional. Se dedicaron igualmente a enseñar el patriotismo monetario a los mexicanos afortunados. Alfa no fue suficiente. Deuxio debió prolongar esta pedagogía "polivalente". Armados de los códigos penal y fiscal, los agentes virtuosos venidos de allá atrás se las ingeniaron para descubrir todas las pequeñas perfidias cautelosas de los miles de ciudadanos sometidos a sus investigaciones. Ninguna medida de excepción, ninguna ley especial reforzó su acción; nada más el derecho común, pero todo el derecho común, sin favoritismos ni subterfugios. Cada uno de los pecadillos que revelaron aquí o allá — algunos millones de fraude fiscal, el olvido de los derechos de aduana, una maniobra fraudulenta en la bolsa de valores, una tendencia a lavar dinero, una pequeña bribonada financiera, etcétera—. Cada una dio lugar realmente al tratamiento ya experimentado con los banqueros: algunos procesos de alta visibilidad, con encarcelamientos, multas masivas o embargos para exaltar el patriotismo de todos. Poco a poco lograron convencer a muchos ciudadanos afortunados que las menos arriesgadas de todas las inversiones eran las que se hacían en el mismo México (pero no en la Bolsa de valores). La oscilación de los miles de millones golondrinos no desapareció pero se redujo sensiblemente. Los 4 o 5 miles de

millones de dólares comprados en pesos en los días, incluso en las horas y los minutos que precedieron a la devaluación de diciembre de 1994, para irse a sumar a las otras decenas de miles de millones de dólares de propietarios mexicanos, ya depositados en los Estados Unidos, perdieron su valor ejemplar. El retraso en los repatriamientos de las divisas ganadas en la exportación se convirtió en la principal fuente de recursos de capitales todavía volátiles. El patriotismo del peso se impuso primero, como un corsé se impone a una dama ya madura o a un señor de vientre abultado. Pero la línea puesta así de moda se convirtió en la elegancia misma. La virtud predominó tanto más cuanto que la economía mexicana, bien nutrida de capitales, supo emplear eficazmente los cohortes juveniles, todavía ayer condenados a no ser frecuentemente más que campesinos sin tierra, "pequeños empleados" de la economía informal o desempleados urbanos.

Los compromisos fiscales, aduanales y otros que la Federación hacía con los ciudadanos enjundiosos y fraudulentos, pero arrepentidos, comportaban evidentemente algunas precauciones contra las tentaciones y las recaídas. El "impuesto estadístico", por ramificación directa era una de ellas, pero no cuenten conmigo para dar detalles de la técnica, no conozco nada de la cocina bancaria. En los bancos, precisamente, la "estadística" se había informatizado y convertido en instantánea desde 2003, de tal manera la minicrisis de enero de 1994 permitió apreciar sus virtudes. En Europa, el euro finalmente tomaba forma, lo que desestabilizaba al dólar y al yen ("¡Quítate de ahí para ponerme yo!"). Agregue a esto una adhesión de Rusia a la OPEP y la extensión del programa nuclear de Indonesia y usted comprenderá que el Libor daba señales de nerviosismo. Las tasas de intereses amenazaban con subir hasta no se sabe qué alturas. También, desde los primeros indicadores de esta tensión, el presidente Alfa promulgó "la regla de los treinta minutos y de los impuestos a la salida": una media hora de diferencia era impuesta entre toda orden de venta de pesos y su cumplimiento, mientras que el impuesto "estadístico" que se cobraba no era solamente el de la hora cuando la orden había sido recibida, sino más bien el de la hora en que podía ser cumplida. Una pequeña media hora de suspenso separaba entonces la compra de divisas extranjeras de su costo final en pesos, incluso "estadístico". Ahora bien, este impuesto fue restablecido repentinamente de uno por 10 mil a uno por mil ("los vigilo amigos míos") e incluso de 1 por 100. El comentario era muy claro: "¡Si no conservan la calma, fijaré el impuesto de 1 por 10 o aún más!".

La Bolsa se conmovió pero permaneció cerrada durante 48 horas debido a una alerta de bomba o a una huelga de trabaja-dores, o por tener que fumigar de urgencia las instalaciones; en resumidas cuentas, por una razón completamente involuntaria. Washington y su FMI, como los banqueros de Nueva York y de Londres, se conmovieron todavía más y más rápida-mente, lo que permitió establecer sin demora una conversación (no una negociación, una conversación) entre los presidentes Alfa y Bigbill, acompañados cada uno de un consejero financiero. México logró que las alzas del Libor debidas a la crisis no repercutirían en sus deudas en tanto que esta crisis no fuera reabsorbida. Después, ya se vería, se cortarían la pera en pedazos cuando su tamaño fuera conocido. Como la CIA esperaba desde hacía ya algunos años un grave Mexicotúnel, los Estados Unidos —que debían, además, administrar varias otras catástrofes—terminaron por aceptar los argumentos mexicanos. Como por arte de magia, el "estadístico" volvió a su curso normal una vez que la conmoción había pasado. Los banqueros gimieron, luego se pusieron a negociar, y finalmente se pusieron a trabajar seria-mente sobre la manera de establecer

tasas fijas y rentables para sus créditos internacionales a mediano y a largo plazo, lo que los incitó a lanzar una mirada crítica a las tasas de cambio flotantes.

Ocho años más tarde se contaban una media docena de crisis a la 2004, cuando México había debido afianzar su posición, mezclando con los juegos del "estadístico" algunos recursos de los derechos de aduana y ocasionales concesiones de petróleo a los grandes vecinos del norte, para evitar caídas del peso. En esas diversas ocasiones, los banqueros estadounidenses, y otros más, afligieron a México recurriendo a epítetos poco amables, pero continuaron acordándole créditos, pues ¿qué haría un banquero si ya no prestara?

Tratándose del petróleo, la mayoría de los mexicanos continuaban manifestando una viva sensibilidad, a pesar de que, de Alfa de Primo a Gama Tercio, todos los presidentes se preocuparon cariñosamente por el porvenir de Pemex, aun si de vez en cuando traicionaban sus aparentes intereses. Dos iniciativas fueron particularmente discutidas: "la indonesia" y la "poblana".

"La indonesia"? Así fue nombrada la sociedad canadiense-mexicana creada desde 1999, a imagen de la canadiense-Indonesia que desde 1995 equipaba a Indonesia de centrales nucleares. Aliado al Estado canadiense (¡Arriba el TLC!), México pudo también construir progresivamente una media docena de centrales, desparramadas en la zona costera, desde Baja California hasta Yucatán, para producir la electricidad requerida en abundancia por su fuerte crecimiento económico, sin tener que sacar mucho ni muy rápido de sus reservas petroleras —e incluso para comenzar a preparar la época del postpetróleo. En el fondo, un objetivo similar inspiraba a la "poblana", por que ésta tenía como objetivo reducir masivamente el consumo de automóviles y camiones, acrecentando la eficiencia de los motores, cualquiera que sea su altura, eliminando cada vez mejor la contaminación atmosférica debida a esos vehículos. Como yo soy tan ignorante en materia de automóviles.

Como en asuntos bancarios, no intentaré describir las técnicas elaboradas con esta finalidad. No obstante, creí entender que la Volkswagen mexicana, estimulada por la moda virtuosa, enriqueció su gama de vehículos sobrios como camellos (3 litros, luego 2.5 litros por 100 kilómetros) y astutos como los monos. La malicia, inventada con la ayuda de los químicos de Pemex, estaba encerrada en un carter, anexo al motor, en donde se operaba una alquimia catalítica variable según la altitud: entre más subía la inyección electrónica del motor más recibía un complemento de oxígeno; aunque la combustión del carburante (gasolina o diesel) estaba afinada de nueva manera y enriquecida "a la brasileña" (de diester o de etanol), quedaba con una eficacia motriz más o menos constante.

No más autobuses avienta-mierda estorbando las rutas con grandes desniveles, menos vehículos tóxicos "a la Tabasco" por Pemex (también sometidas a los "polivalentes" venidos de allá-atrás). Volkswagen trató de utilizar el camello y el mono como emblemas publicitarios de sus nuevos vehículos, pero los mexicanos lo vieron de otra manera: bautizaron como "poblano" al nuevo mole cocinado en los carros fabricados en Puebla.

Las inversiones industriales estimuladas por los virtuosos "polivalentes" no eran tomadas en cuenta en las transacciones borra-delitos que ellos efectuaban lejos del Distrito Federal.

Hacer el Popocatepetl tan visible desde México como de Puebla no era más que un deseo en el 2000, pero diez años más tarde ya era una realidad más de cien días del año. Estas mutaciones industriales (y otras más) hicieron inteligible la gran crisis de 2013. Al principio no fue más que una tensión trivial —a la 2004—debida a algunas tempestades monetarias en Taiwán, que se reintegraba a China Popular, y en el Mercosur que se enriquecía con Chile. Pero las dificultades presupuestarias de Estados Unidos y de Rusia complicaron la situación, a pesar de que los gestores de capitales volátiles abrieron nuevamente la cacería a las monedas que

creían anémicas o pletóricas, para emigrar unas tras otras. El peso fue sacudido, un inicio de pánico se dibujó, pero esta tensión, desde ahora trivial como un temblor de tierra, no pudo ser calmada por las precauciones y maniobras acostumbradas, pues ciertos representantes bancarios de Nueva York, Tokio y Frankfurt juzgaron que ya era tiempo "de volver a enseñar lo que es la disciplina a esos condenados mexicanos"... Como importantes vencimientos de la deuda mexicana intervenían esa semana y otros pagos deberían cubrirse en poco tiempo, decidieron reducir los nuevos préstamos acordados a México y restablecer integralmente la indización de sus tasas sobre el Libor, reclamando a la vez la supresión de los pagos de impuestos —"estadísticos" y otros más— que obstaculizaban las idas y venidas de la Bolsa de México. De pura casualidad, la administración estadounidense escogió ese mismo momento para "auditar" todos los pagos de exportaciones petroleras mexicanas que tenía al alcance de la mano, lo que vino a retrasar los ingresos de Pemex y los beneficios fiscales de la Federación. El Wall Street Journal estimó que la orden consistiría en restablecer en algunos días más todo tipo de intercambios con México. El gobierno mexicano sería todavía más razonable —escribía— puesto que una escuadra norteamericana iba a hacer una visita de amistad, durante mucho tiempo postergada, a Veracruz.

Lo que sigue a continuación es demasiado conocido para que sea necesario dar en detalle la cronología. Prohibición total de las exportaciones petroleras mexicanas y apertura de negociaciones con miras a adherirse a la OPEP; bloqueo de los bienes norteamericanos en los bancos mexicanos; alarde sobre la intención de colocar minas en el puerto de Veracruz y sobre lo que podría sucederle a los gringos "hasta hacerlos retomar el camino seguido por los franceses en 1867"; manifestaciones monstruo en todos los zócalos del país; movimientos multiformes de chicanos "decididos a restituir a la madre patria todo el México Californio-texano". Brazo de hierro, ruido de botas, discursos inflamados, resolución del Consejo de Seguridad de la ONU; después de dos semanas de tales gesticulaciones belicosas, se convino hacer un llamado a un árbitro canadiense (¡Viva la OEA! ¡Viva el TLC!), que decidió restaurar el statu quo ante para calmar el juego, luego abrir una docena de negociaciones especializadas para resolver cada uno de los puntos en litigio. El llamado statu quo convenía muy bien a México; los banqueros estadounidenses y europeos debieron resignarse a ello. El peso volvió a tomar su curso normal, mientras que las negociaciones especializadas se hundían en el pantano de las contraposiciones y submodificaciones.

Me dicen que en la peregrinación siguiente, la mayor parte de los grupos que convergían rumbo a la Basílica de Guadalupe llevaban estatuas originales de Santa Estadística, pero no pude comprobar esta información. La última palabra la tuvo el presidente Gama, en su

célebre informe a la Nación de 2014: "Festejamos por segunda ocasión el centenario de nuestra gran-diosa Revolución nacional, como hace tres años lo hicimos con motivo de la Revolución maderista. Hoy, nosotros glorificamos a la Revolución cardenista, después de haber culminado con la reforma agraria que Lázaro Cárdenas había iniciado y después de haber salvado, una vez más, la independencia petrolera que él mismo logró para nuestra patria. Lo que es más, celebramos ese segundo centenario con un cuarto de siglo de anticipación, ya que en realidad nuestra victoria de 2013 corona la obra emprendida con la nacionalización de 1938. México toma ventaja con relación a su siglo, el futuro le pertenece, etcétera, etcétera". Gama fue lírico, pero me disculparán por no reproducir un texto que todos los niños de las escuelas aprenden de memoria en nuestros días.

[Atorado en una argolla retroactiva de la red Internet, mi comentario salió de ese time warp muchos años antes, sin embargo el lector despistado podría ver ahí una anticipación, cuando se trata en realidad de un relato completamente fiel. Por lo demás, otros relatos de los años 1996-2016 circulan aquí o allá, pero debo advertir contra las inverosimilitudes: no se trata más que de latifundistas aferrados a sus tierras, banqueros astutos y corruptores, ricos ciudadanos egoístas y otros poderosos indiferentes a las masacres y a los crímenes que sus bloqueos imponen a un México en donde, de motín en revuelta, los Centenarios de Madero y de Cárdenas son finalmente celebrados por nuevas revoluciones. Relatos como esos son verdaderas mentiras, ¡se los aseguro!].

París, Francia, 1 de abril de 1996.

Traducción: Rogelio de la Mora V.

1 Alfa había sido el sucesor de Zedillo porque el Ptu había juzgado prudente abordar el siglo xxi "reto-mando todo desde el principio", incluida la lista de los candidatos.

2 El Libor es la tasa de los London Inter Bank Rate o la tasa del mercado londinense entre bancos (internacionales).

Autor, entre otros libros de L'avenir du socialisme y La Societe, traducidos por Siglo XXI Editores.